

EDITORIAL

LA FORMACION PROFESIONAL

Diversas interrogantes de fondo plantean los problemas derivados de la formación profesional: ¿debería ésta ser asumida por las Universidades?. ¿Es el título universitario una exigencia ineludible en la reglamentación de la práctica periodística?. Si es así, ¿corresponde que se la realice en una Escuela o en calidad de post-grado para licenciaturas en otras áreas?. Si privilegiámos la noción de Escuela de Comunicación, ¿qué currículos atenderán del modo más idóneo la formación requerida?; ¿qué entendemos, en definitiva, por "formación requerida"?; ¿Cuánto énfasis se debe poner en la adquisición de habilidades comunicativas específicas— la formación de tipo técnico /profesional y cuánto énfasis en la capacidad de comprensión de los fenómenos y estructuras comunicativos y sociales (es decir la formación teórica)?.

Intentar la respuesta a esas preguntas y otras similares exige otras indagaciones más complejas todavía, referidas al perfil del egresado y su inserción social; ¿qué tipos de profesionales de la comunicación deseamos o debemos formar?; ¿para qué campos ocupacionales actuales o previsibles y atendiendo a qué intereses sociales?.

Muchas son viejas preguntas, otras han cambiado los términos de su formulación o en los tipos de respuestas anheladas. En ello inciden tanto las circunstancias actuales y previsibles en los modelos de desarrollo de nuestras sociedades, como la reapertura del debate en torno a los estilos alternativos de desarrollo, en el cual importa no solamente la sociedad a la que deseamos llegar, sino también las características del proceso de transición frente a sociedades movidas por el autoritarismo, el neoliberalismo, el consumismo y el cercenamiento de los derechos humanos y sociales.

No solamente existen cambios sociales de magnitud, a menudo regresivos. La comunicación se ha transformado en un campo privilegiado de cuestionamiento al sistema y de anuncio de la nueva sociedad. Se habla del Nuevo Orden, de las Políticas Nacionales, del vertiginoso avance de las nuevas tecnologías comunicacionales, de la comunicación alternativa y popular. En suma, el horizonte de lo posible para la comunicación se ensancha y, a estos desafíos, debe responder la formación profesional.

Si durante mucho tiempo el problema principal pareció ser la consolidación de la formación técnico—profesional a nivel universitario frente al ejercicio periodístico del empírico formado en la práctica; si esa formación era relati-



Dr. Luis E. Proaño.

vamente conformista y poco impugnadora del quehacer periodístico en sociedades subdesarrolladas, si -en suma- la formación profesional era asumida (bien o mal), en términos tecnicistas y estrechos, desde hace poco más de una década el asunto se ha transformado en un problema. Y existe un problema cuando hay discrepancias entre lo que hacemos u observamos y lo que quisiéramos ver o realizar.

Identificar correctamente el núcleo de un problema y el contexto significativo que le rodea, es solo una parte del tema. Se trata también de imaginar las utopías posibles, de reflexionar sobre las alternativas viables de solución y -particularmente- de poder ser capaces de implementar modos efectivos de resolver adecuadamente situaciones-problemas.

En esta ocasión, CHASQUI acomete primordialmente, el problema de la formación profesional del comunicador. No incluimos las soluciones pero sí entregamos suficiente material para reavivar un tema que -sin dudas- es cuando menos un tema de preocupación privada en cada una de las Escuelas y Facultades de Comunicación. Pensamos que es el momento de un amplio debate público y regional, con madurez y severo espíritu autocrítico.

Nuestra larga presencia en esta área problemática de la formación profesional nos enseña, sin embargo, que la discusión no puede relegarse al mero debate teórico o político-ideológico. Debe por fuerza, afrontar lo concreto, traducirse en modos viables de conseguir superar las actuales deficiencias. Arriesgar soluciones hoy debe constituir el parámetro orientador del debate. No debe postergarse el momento del hacer hasta tanto hayamos resuelto -de ser ello posible- nuestras interminables angustias teóricas e ideológicas. A nuestro juicio, no podemos seguir padeciendo -o gozando- de la interminable espera de Godot.

CHASQUI propone partir desde la propia "problematización del problema" de la formación social en comunicaciones. Hay que volver a preguntarse si la creación y la expansión de los cursos de comunicación a nivel universitario, si el cambio de Escuelas de Periodismo a Escuelas de Comunicación, resolvió o no los problemas de las profesiones en el área de las comunicaciones. No basta con que las Escuelas hayan cambiado de nombre. Ese cambio constituye apenas el título, la conciencia del problema. Debemos retornar a preguntarnos qué suerte de profesional de la comunicación deseamos formar. Para qué se le forma, a qué intereses sociales sirve, cómo actúa el mercado de trabajo en su calidad de fuerza dominante, cómo se inserta creativa y críticamente en nuestras actuales circunstancias con miras a una nueva sociedad.

Si no sabemos a dónde queremos llegar, cualquier camino nos servirá. Pero mantener un norte definido no garantiza de por sí la justicia o eficacia de caminos alternativos. Debemos reconocer nuestras deficiencias en la calidad de la formación que se le brinda al futuro comunicador.